

Genealogía de la Tragedia Argentina

Capítulo 0

A-I Introducción General de la Obra

En esta obra aspiramos a develar la diversidad y/o heterogeneidad de una aparente totalidad compleja y multidimensional, estudiando las auto-representaciones y los imaginarios que los actores de los diferentes estamentos, clases sociales y agentes procedentes de diferentes períodos y espacios geográficos (virreinos, gobernaciones, ciudades, provincias, naciones) tuvieron de los órdenes prehispánico, imperial-absolutista y nacional-republicano, relevantes para el estudio del origen de la tragedia que asoló a América Latina a fines del siglo pasado. Asimismo, indagamos la integración de los respectivos períodos y bloques históricos; y las causas y consecuencias de cada fractura o crisis de transición y de legitimidad. Específicamente, indagamos las causales de la metanastasis o espacio y tiempo de ruptura o desorden interno generalizado de una auto-representación y de un imaginario político-cultural, que había acontecido durante la conquista en el siglo XVI, y que volvió a ocurrir a principios del siglo XIX, con sus derivaciones de trágica balcanización y migraciones forzosas individuales y colectivas, así como las diferentes estrategias culturales, políticas, sociales y económicas adoptadas para paliar dichas crisis.

Entre dichas estrategias, analizamos las construcciones ontológicas, los esquemas de relación y la implementación de políticas absolutistas, reformistas y revolucionarias y sus referencias a un todo social complejo, tal como lo plantearan Castoriadis (1983), Morin (1994), Gellner (1998), Subirats (2000), y últimamente Descola (2005).¹ Para entender las causas de las rupturas y transiciones se fueron dando en el tiempo sucesivos paradigmas explicativos, que fueron uno tras otro desahuciados. En un principio, a fines del siglo XIX, se generó un tremendo desengaño con los modelos románticos y positivistas que intentaron comprender el origen de la nacionalidad (Mitre, J. A. García, J. V. González). Luego, a comienzos del siglo XX, bajo la impronta de la teoría de las elites (Pareto, Sorokin), y las teorías cíclicas (Spengler, Toynbee), se gestó una profunda insatisfacción con la tesis de la sucesión de ideas-fuerzas, que en Argentina tuvieron sus epígonos más fieles en Rivarola y Matienzo. Pronto esa frustración se repitió con los análisis dualistas acerca de la contradicción entre supuestos señores feudales (encomenderos) y presuntos siervos o indios encomendados (Dobb, Baran) cuyos primeros voceros fueron Puiggrós y Astesano; y con la historia funcionalista parsoniana o mertoniana cuyos intérpretes latinoamericanistas fueron Phelan y Perlmutter. La decepción se reiteró con la tesis lineal del derrumbe del feudalismo o pasaje del feudalismo al capitalismo o teoría de la dependencia (Sweezy, Frank), y con las interpretaciones sobre las rivalidades comerciales entre sub-metrópolis coloniales como Bahía, Lima y Buenos Aires (Céspedes del Castillo, Novais) y entre el comercio monopolista y el comercio autónomo (Wedovoy), y cuyos principales heraldos con fuertes deformaciones circulacionistas y derivaciones político-militaristas fueron N. Moreno, M. Peña y Vitale. Más luego, proliferaron sucesivos desencantos con aproximaciones historiográficas que supuestamente venían a corregir las desviaciones del dependentismo pero que recaían en nuevos reduccionismos, tales como

las tesis mercado-internistas (Assadourian-Laclau-Garavaglia); las explicaciones etno-históricas sobre el rol del mestizaje y la frontera (Stoler-Andrews); las versiones estructuralistas sobre el desempeño de los clanes familiares (Felstiner, Ramírez-Horton, Balmori); las interpretaciones freudianas sobre el malestar del siglo (Vezzetti, Plotkin); y las descripciones 'estadísticas' centradas en las crisis fiscales (Skocpol, Trimberger, Andrien) y en la corrupción de las élites (Pietschmann, Moutoukias). Recientemente, el desaliento por la insuficiencia de los paradigmas contextualistas para aclarar el origen histórico de realidades más trágicas (Skinner; Pocock) contagió la historia intelectual o de las ideas políticas, frecuentada por albaceas locales (Romero, Palti). Y últimamente, la incertidumbre por la ambigüedad de los paradigmas culturalistas (Chartier, Gruzinski) cundió en la historia de las mentalidades (Alberro, Langue) y en la más reciente historia conceptual o *Begriffsgechichte* (Koselleck, Gumbrecht).²

Es entonces que toman cuerpo las teorías más actuales, inspiradas en la antropología simbólica de Lévi-Strauss y en la hermenéutica de Gadamer y de Ricoeur,³ tales como los estudios crítico-legales (Derrida, Bourdieu), la estética de la recepción (Jauss, Bloom), las teorías de la comunicación de Mead y de Habermas, los dispositivos cognitivos colectivos en el sentido maquínico enunciado por Deleuze y Guattari, y muy recientemente la matriz ontológica cuatripartita de Philippe Descola, las que sugieren que los análisis que no prestan consideración al carácter cosmológico de las vivencias, la naturaleza histórica de los relatos historiográficos, y la analogía que estos testimonios poseen con los textos etnológicos, jurídicos y literarios,⁴ y que no toman en cuenta el lenguaje, los discursos y el vocabulario en su relación con los contextos y la intención de sus autores y lectores, no pueden explicar como ocurrieron las fracturas, ni como se sucedieron --desde condiciones iniciales-- las diferentes transiciones.⁵

Más aún, la teoría crítica y la filosofía política o nueva ciencia de la política (Strauss, Voegelin), emanadas de la hermenéutica practicada por el citado Gadamer, descontentas con la vieja tesis lineal del progreso de los llamados modernos respecto a los antiguos (Perrault),⁶ con la hermenéutica integrativa de Ricoeur,⁷ con la tipología diacrónica de Frye (1977),⁸ y con la estética de la negatividad de Theodor Adorno,⁹ sugieren que la crítica literaria, poética y jurídica que esencializa los géneros historiográficos, artísticos y legales, y no toma en cuenta la constelación de mecanismos causales así como la instancia receptora y la experiencia histórica en la constitución de los significados, así como la relación que guardaron los textos, el lenguaje, los discursos, el vocabulario y los niveles de identificación estética, con los contextos y la intención crítico-política de sus autores y lectores, no puede tampoco interpretar como ocurrieron las fracturas y transiciones, ni por qué ocurrieron cuando y donde lo hicieron.¹⁰

Últimamente, para poder evaluar y comparar las diferencias en las crisis y desplazamientos entre los diferentes órdenes históricos, el antropólogo francés Descola (2005) nos provee --fundado en la noción de etnología que Foucault elabora en el último capítulo de *Las Palabras y las Cosas*, así como en sus propias investigaciones practicada en la larga temporada entre los indios Jívaros (Alta Amazonía Ecuatoriana)-- de un esquema cuatripartito de cuatro ontologías o distribución de propiedades: la animista, la totémica, la analógica y la naturalista, según como se articulaba entre humanos y no-humanos (plantas y animales) la sociedad y la naturaleza.¹¹ Dicho esquema se funda a su vez en la distinción entre interioridad y fisicalidad, que es la experiencia de sí y del mundo común a todos los hombres en todos los tiempos (la que no es equivalente a la tradicional diferencia entre naturaleza y cultura que habría emergido recién con el renacimiento), y en

el conjunto de dispositivos maquínicos teorizados por Deleuze y Guattari. Entre los marcos, procesos o dispositivos cognitivos colectivos maquínicos, Descola distingue aquellos dispositivos que son explícitos de aquellos otros que llama no reflexivos o implícitos. Entre estos últimos, Descola diferencia los que por ser temáticos y por adaptarse a una gran variedad de situaciones los denomina dispositivos integradores, de aquellos otros que por ser muy específicos y amoldarse a circunstancias muy particulares los califica como especializados.¹²

Para esta filosofía política y para la antropología simétrica heredada de la noción de etnología de Foucault hemos de implementar las nociones de orden y de auto-representación social de Voegelin; la constelación de mecanismos causales de Bhaskar (1975); la matriz ontológica cuatripartita y los dispositivos integradores de Descola (2005); las rutas de peregrinación de Benedict Anderson (1993); la apropiación de legitimidad de Jorge Domínguez (1985), y las ecuaciones de transferencia de legitimidad de Guerra (1998); y las teorías neo-sistemistas de la coexistencia de distintos órdenes en un sistema global abierto (Lefort, Castoriadis, Hardt y Negri); y habremos de aplicar en cada uno de los períodos y pasajes históricos la trayectoria de investigación “B” de Marramao (2006), que rastrea retrospectivamente el modelo continental del orden político.¹³ También habremos de acudir a las teorías acerca de la secularización o desacralización, la balanza del poder, la correlación de fuerzas, la rotación de las elites, las teorías del nacionalismo, y la inmunización o des-tribalización (Marramao, 1998).

Asimismo, hemos de implementar teorías y categorías más específicas tales como la de los tipos empíricos (Jellinek, 1981); las nociones de talasocracia (dominación con supremacía marítima, escasez de población relativa y abundancia de capital), metanastasis (desorden interno generalizado), telurocracia (dominación con supremacía territorial, abundante población relativa y escasez de capital) y symmakhía (contingente armado no territorial), de Tilly, Winius, Guillorel y Michels, Meabe y Esquivel; la teoría impura del derecho de López-Medina (2004); la vinculación entre carisma y tragedia de Falco (1999); la teoría del caos; los estudios subalternos; la consistencia de los status (Lenski, 1954); y las contradicciones secundarias o crisis intra-elites (Higley, Burton y Field, 1990; y Lachmann, 1990) y las consiguientes desavenencias en los relatos del pasado (Candau, 2001; Rinesi, 2003), como motores de fracturas revolucionarias y de tragedias colectivas. Autores como Guillorel y Michels (1997), recurriendo a Cvijic (1917), asignan a la metanastasis el significado genérico de migración obliterando a juicio de Meabe (2004) el más antiguo significado tucidideano de ruptura o desorden interno generalizado de una auto-representación y un imaginario político-cultural.¹⁴ También aplicamos la teoría acerca de la amenaza social (O'Donnell, 1978), como factor determinante en la modificación de las posiciones relativas y las formas que adoptaron los diversos estados provinciales y nacionales; así como las nociones de soberanía, estado, metrópoli e imperio --desarrolladas por Hardt y Negri (2002)-- y las teorías acerca de la incredulidad en la legitimidad de las instituciones de la democracia liberal, como motor que alimentaba la restauración de formas de estado pretéritas.¹⁵

Por último, por comparación y contraste entre los órdenes pre-hispánico, imperial-absolutista y nacional-republicano intentamos identificar, detallar y definir los mecanismos causales y los dispositivos integradores de cada uno de ellos que combinados producen los acontecimientos a explicar, así como las relaciones entre los mismos (el despótico, el cesarista, el escolástico, el barroco, el estamental, el esclavista, el regalista, el patriarcal, el señorial, el nepótico, el prebendarista, el cortesano, el patrimonialista, el patriarcalista, el

corporativista, el pretorianista y el mercantilista).¹⁶ Y para analizar la intensidad de las crisis y/o fracturas espirituales, culturales, políticas y sociales de dichos órdenes, investigamos también la consistencia de la identidad y los mitos fundadores, según que fueren antiguos, prehispánicos o modernos.¹⁷ Para ello, hemos evitado a todo trance la utilización de nociones estereotipadas tales como “Antiguo Régimen”, y “pre-modernidad”, por su condición de significantes vacíos y resultar remanidas e inconducentes a los efectos de describir los órdenes prehispánico e imperial-absolutista y sus respectivos derrumbes; así como también la denominación de “indígenas”, la cual ha sido sustituida por la más reparadora de “originarios”.¹⁸ Dichas nociones ahora desechadas, aplicadas a la realidad histórica pre-revolucionaria de América Latina, sugieren la existencia de mundos inmóviles y oscuros propios de continuidades primitivas y monárquicas, así como la carencia de contradicciones, las que ocultaban las hondas diferencias que existieron entre los órdenes prehispánicos andino y litoraleño así como entre los órdenes imperiales habsburgo y borbónico. De igual modo, hemos rehusado utilizar la noción de revolución de independencia así como del sustantivo “modernidad” sin los correspondientes acompañamientos de “absolutista” o “republicana”, según el caso.

La caracterización, categorización, comportamiento y mecanismo de constitución de las identidades territoriales, ideológicas y sociales así como el origen de las tragedias colectivas se discutieron en Europa intensamente al extremo de concluirse que no seguían una dirección unilineal, y que las guerras y genocidios que últimamente la asolaron habrían sido fruto de una larga guerra civil y de un origen histórico que se remontaría a la partición colonialista del Asia y del África en el siglo XIX (Nolte, Traverso), a la masacre de la Gran Guerra (1914-18), y aún más atrás en el tiempo a las guerras de religión que dieron nacimiento al estado moderno en los siglos XVI y XVII (Voegelin, Strauss, Marramao).¹⁹ Si esto es así, el colapso final del orden republicano y con él, el del estado-nación, concebido a escala mundial e incluyendo a la periferia neo-colonial Latinoamericana, habría obedecido entonces a un proceso regresivo de larga duración compuesto por una extensa cadena de acontecimientos históricos relacionados con metanastasis, symmakhías, talasocracias, telurocracias, despotismos y el doble proceso armado o militar de anábasis (ascenso, avance, conquista o guerra ofensiva) y katábasis (descenso, retirada o guerra defensiva).²⁰ Sería lógico entonces --como lo sugieren Subirats (1994) y Traverso (2006)-- atribuir también el origen remoto de esta decadencia al secular tráfico de esclavos empeñado entre África y América, y a los más remotos episodios tanto de la misma conquista territorial, militar y espiritual de América y su partición entre las metrópolis de la Contra-reforma Europea (España, Portugal), como de la represiva conducta seguida con los moros y los judíos (1492).²¹ Podríamos agregar que sería muy lícito asignar también como substrato arcaico los sacrificios humanos practicados durante el orden despótico prehispánico.

En la discusión acerca de la naturaleza política de la periodización, origen, fractura y partición futura de los reinos que constituían el Imperio Español, y a diferencia de la tradición escolástico-inquisitorial, de la cual estaba impregnada la dinastía de los Austria y la correspondiente colonización Habsburga, las tradiciones iluminista, neoclásica, romántica y positivista imaginaron la irremediable decadencia de monarcas e imperios, y la desestructuración y reestructuración territorial, poblacional y cultural --mediante guerras, particiones, secesiones e ingenierías institucionales-- de nuevas jurisdicciones (virreínatos, capitanías generales, gobernaciones-intendencias, provincias, naciones). Ya Sepúlveda, en su polémica con Las Casas, a mediados del siglo XVI, en plena modernidad renacentista, rebrota la idea medieval de imperio universal y preludia los primeros embates

teóricos sobre un drama que se habría venido gestando y agravando a lo largo de cuatro siglos.²² El propio pensamiento renacentista de Garcilaso de la Vega, en sus *Comentarios Reales*, del cual se había embebido entre otros Cervantes, Ercilla y Domínguez Camargo, y el posterior pensamiento Ilustrado de Pedro de Peralta y Barnuevo —un admirador del benedictino Benito Jerónimo Feijoo quien a su vez fue un asiduo lector de Bernard Fontenelle y de Pierre Bayle y su correspondiente *Dictionnaire Philosophique* (1697)— en sus diversos ensayos, al encarar el problema del imperio español y sus reinos o estados coloniales, argumentan por analogía con la *Utopía* de Tomás Moro su futuro colapso y consecuente fragmentación. Para ello comparan su partición con el derrumbe y fraccionamiento del Imperio Romano y con el cisma de la Iglesia de Roma;²³ analogías garcilacistas que fueron corroboradas por Francisco de Miranda en su entrevista con Edward Gibbon, en 1788, y que luego fueron reiteradas por el mismo Simón Bolívar en su Carta de Jamaica.²⁴ Dicha Carta es considerada por Subirats (1994) como uno de los momentos álgidos de la Ilustración Europea, ubicado en sus confines geopolíticos.²⁵

Los proyectos de república independiente de Moreno, de Monteagudo y Rivadavia, y el de unidad nacional de Mitre y Sarmiento repitieron e imitaron con escaso beneficio de inventario los mitos y modelos de las modernas naciones-estados europeas y norteamericana, las que a su vez habían reproducido los mitos y modelos de la antigüedad griega y romana.²⁶ Pero la tradición positivista que les siguió no fue unánime en la caracterización de los mundos coloniales y nacionales. Joaquín V. González (1888), fundado en el pensamiento de Alberdi (1856), Quesada (1881), Sarmiento (1883), y Ramos Mexía (1887) --quienes a su vez se hallaban influidos por el genealogismo mítico germanista de Thierry y Guizot, opuesto a la universalidad del romanismo jurídico-- sostenía la tesis fundacional o de la prioridad de las provincias sobre la nación, y añoraba el "republicanismo" colonial Habsburgo, de cuño renacentista, transformado por la modernidad Iluminista y las Reformas Borbónicas y demolido por la Reformas Rivadavianas, al lamentarse que en la Argentina independiente no se hubieran dejado en pie los Cabildos, con sus libertades y sus fueros, pues ellos, al haber sabido resistir el orden centralista y absolutista de obispos y gobernadores, "...parecían repúblicas perfectas, aún dentro de una monarquía de hierro".²⁷

Por el contrario, Mitre (1859) y J. A. García (1900),²⁸ alimentados por las tesis modernas migracionistas o teorías del pacto y la soberanía sostuvieron la prioridad de la nación sobre las provincias, atribuyéndole a la modernidad Iluminista, propia del estado colonial-Borbónico (es decir al Virreinato), el origen de la nacionalidad argentina.²⁹ Asimismo aludían a la necesidad de una guerra de independencia para construir un estado-nación. Y al referirse a la base social del estado colonial, Mitre y García alegaban que en dichos tiempos, en las provincias del Virreinato del Río de la Plata, existió en los Cabildos una aristocracia o patriciado (equivalente al estamento de la nobleza, del orden absolutista Europeo), y no una clase media (equivalente a la burguesía), único sostén posible de una república democrática. Para Mitre y García, los Cabildos se oponían al progreso material y se resistían a los objetivos iluministas y republicanos de la Independencia y la Organización Nacional, habiendo sido corporaciones oligárquicas, parodias de los municipios castellanos, abolidos por el orden renacentista-modernizante del absolutismo Habsburgo (Carlos V) luego de la batalla de Villalar.³⁰

Si bien en sus comienzos, el legalismo formal de la Nueva Escuela Histórica, con Levene (1911) a la cabeza, compartió dicha tesis; después, y centrándose en el caso porteño, este último autor rebatió dicha postura argumentando que la clase dominante

colonial, estaba constituida por comerciantes, y que por tanto no llegó a conformar una verdadera aristocracia o nobleza, propia de un orden absolutista.³¹ No obstante, contrariando a Levene, Góngora (1975) y Flores Galindo (1984), en sus estudios sobre Chile y Perú, sugieren que la plutocracia (los comerciantes) de la época colonial, no constituía una burguesía, pues estaba apasionadamente interesada en asimilarse a la nobleza (estamento dominante del orden absolutista), adquiriendo a cualquier precio títulos de nobleza o afiliación a órdenes militares, así como estaba fuertemente entusiasmada por la práctica burocrático-medieval de la limpieza de sangre.³² El estilo de vida auténticamente "burgués", acuñado por Weber y Sombart, era según Góngora, ajeno a la conciencia colectiva de la clase mercantil.³³

Más luego, el pensamiento liberal de izquierda, influido por el catastrofismo mecánico de la Teoría del Derrumbe (Lenin), vino a identificar la autoridad colonial con un aparato burocrático expoliador y parasitario (Virrey, Real Audiencia, Consulado, Cabildos, Temporalidades, Renta de Tabaco, Alcaldías de Aguas y de Hermandad) que no era susceptible de ser "usado" por la clase social emergente (la burguesía comercial no monopólica), y que como tal debía ser destruido durante la crisis o fractura revolucionaria, y reemplazado mediante nuevas autoridades (congresos o convenciones constituyentes) con una concepción "ampliada" del estado.³⁴ Finalmente, así como Monteagudo, Moreno y Rivadavia se pusieron bajo el paraguas de la Ilustración y el Enciclopedismo, Alberdi, Mitre y Sarmiento se pusieron bajo el amparo primero del Romanticismo y luego del Positivismo. Estas ligazones debían formularse teniendo en cuenta no sólo el contenido de clase de dichas crisis y fracturas --por cuanto el estado sería la arena donde se dirime la lucha de clases-- y el impacto acelerador que dichas crisis y fracturas tenían en la circulación de las elites políticas y en la modificación de los bloques históricos, sino también los contenidos culturales y políticos.³⁵

Finalmente, el proceso de regresión secular, de larga duración, experimentado por el imperio español --semejante al sufrido por el imperio otomano-- del cual las Capitanías Generales de Chile y Venezuela, y los virreinos del Río de la Plata y Nueva Granada fueron algunos de sus frustrados desprendimientos, se habría iniciado en la corte española de los Habsburgo, donde como se estilaba entonces "no se ponía el sol", con su quijotesco afán de restaurar una "monarquía universal", ilusoriamente heredada del sacro imperio romano-germánico. Este delirio ecuménico se alimentó con sucesivos éxitos militares: la conquista de México y Perú (1536), y las victorias de Pavía contra Francia (1525) y de Lepanto contra los otomanos (1571). Después sufrió sucesivos infortunios: primero con la derrota de la Armada Invencible (1588), más luego con la independencia de Portugal y la Paz de Westfalia (1648), aún más tarde con la cesión de Gibraltar y Menorca y la pérdida de los dominios europeos (Milanesado, Nápoles, Cerdeña, Sicilia y Países Bajos españoles) en la Paz de Utrecht (1713), a comienzos del siglo XIX con las invasiones napoleónicas (1808), y finalmente con la guerra de 1898, en donde perdió definitivamente Filipinas, Puerto Rico y Cuba.³⁶ En forma semejante, la denominada revolución de independencia alimentó efímeramente la utopía restauradora de un imperio incaico.

Notas de la Introducción General

¹ Sobre el pensamiento complejo en Edgar Morin, ver Solis, 2003. Sobre lo antropológico como un desafío complejo, ver Rodríguez Zoya y Salinas, 2002.

-
- ² ver Garrido, 1995. Sobre el realismo crítico y la sociología histórica, ver Steinmetz, 1998.
- ³ Sobre la nueva filosofía. hermenéutica, ver Ortiz Osés, 1986.
- ⁴ Cornell, Rosenfeld y Carlson, 1992; Ebert, 1992-93; Kahn, 1989; Keenan, 1992; Lucaites, 1990; Norris, 1988; Thomas, 1991; y Thompson, 1993, 264.
- ⁵ ver Pocock, 1985; Skinner, 1987; Toews, 1987; Anderson, 1991, 177-180; y Thompson, 1993, 257.
- ⁶ ver Jauss, 1989, 26.
- ⁷ ver Fernández Pedemonte, 1996, 177-180.
- ⁸ ver Jauss, 1992, 244, nota 5. Para una crítica de Frye, ver Todorov, 1991, 87-99.
- ⁹ ver Jauss, 1992, capítulo 2.
- ¹⁰ ver Anderson, 1991, 177-180; Asensi, 1990, 18-20; y Cussen, 1992. Para la crítica de Jauss, ver Nicolás, 1990, 311, 319 y 328; Fokkema e Ibsch, 1988, 207-211; García Berrio, 1989, 246; De Man, 1990, 87-114; Pozuelo Yvancos, 1994, 114-118; y Vattimo, 1996, 102. Para la noción de deconstrucción, ver Nealon, 1992; y Pozuelo Yvancos, 1994, capítulo VII. Para la constelación de mecanismos causales, ver Steinmetz, 1998, 177. Para la producción y recepción de teoría jurídica, ver López-Medina, 2004.
- ¹¹ Ver Pazos, 2006; y Le Bot, 2006. Para una breve introducción a Philippe Descola, ver Wilde, 2006, 20-23.
- ¹² ver Descola, 2005, 151-153
- ¹³ Sobre la constelación de mecanismos causales de Bhaskar, ver Collier, 1994, 335; y Steinmetz, 1998, 177.
- ¹⁴ El propio Voegelin (1956), sin apelar a la noción de metanastasis, al comentar el famoso debate entre Frankfort y Toynbee sobre la naturaleza del orden faraónico, comparte la connotación que hizo este último respecto de la desintegración endógena del Primer Período Intermedio al final de la sexta dinastía del antiguo egipto (Voegelin, 1956, 56). También las transiciones de la civilización súmerobabilónica a la asiria y de la micénica a la helénica fueron el producto de un desorden cosmológico (Voegelin, 1956, 40). Sobre mito y misterio en la filosofía de Eric Voegelin, ver Hughes, 1993. Para la búsqueda de lo esencial desde las sociedades antiguas hasta la posmodernidad, ver Hughes, 2003. Para la teología en Voegelin, ver Morrissey, 1994.
- ¹⁵ Dahl, 1971; y Smith, 1974.
- ¹⁶ Sobre la constelación de mecanismos causales, ver Steinmetz, 1998, 177.
- ¹⁷ Sobre la canonización de próceres en Salta, ver Cebrelli y Arancibia, 2005, 125-130.
- ¹⁸ Acerca de la definición de originarios, ver Roulet, 1998.
- ¹⁹ Voegelin, 1966, 1978; y Marramao, 2006, 116.
- ²⁰ Lamentablemente, en la compilación dirigida por Franco y Levin (2007) no hay la menor reflexión acerca de estas posibles interpretaciones.
- ²¹ ver Subirats, 1994, 433. Sobre la cuestión judía en la España del siglo XVI, ver Chalmers, 1996.
- ²² Sobre la controversia entre Las Casas y Sepulveda en Valladolid, 1550-1551, ver Zavala, 1977; Hanke, 1992; y Pennington, 1993. Sobre la querrela de la conquista en el siglo XVI (Las Casas

versus Ginés de Sepúlveda), ver Beuchot Puente, 1992. Sobre la modernidad renacentista como cuarta modernidad, y sobre España y la idea medieval de Imperio, ver Sotelo, 1996, 32.

²³ Sánchez, 1967; Choy, 1985, 59; Zamora, 1988; y Buaas, 1994.

²⁴ Halperín Donghi, 1993, 746.

²⁵ Subirats, 1994, 465.

²⁶ Hardt y Negri, 2002, 101.

²⁷ González, 1888, libro primero, II.

²⁸ seguidos por Matienzo (1910), Levillier (1912), Ingenieros (1918), Ravnani (1938) y Levene (1952).

²⁹ Sobre la idea política moderna del poder en Jean Bodin, ver Anderson, 1979, 44-46. Sobre la noción de pacto en Althusius, Bodin, Hobbes y Locke, ver Elazar, 1998. Y sobre el concepto iluminista de nación, ver Palti, 2002, 31-35.

³⁰ García, 1900, Capítulo VIII, Sección 2; Levillier, 1912, 81-83; e Ingenieros, 1918, 38-41. Ver Saguier, 1984, 24. Sobre las nociones genealógicas y anti-genealógicas del concepto de nación, ver Palti, 2002.

³¹ Levene, 1920.

³² Para rastrear el origen medieval de esta propensión colectiva vigente en la España Borbónica ver Sicroff (1960).

³³ Sobre la emergencia de la idea de nacionalidad en el México colonial, ver Corbató, 1943.

³⁴ Cortes de Justicia, Salas de Representantes o Legislaturas, Juzgados de Paz, Inspectores de Irrigación, etc.

³⁵ Canak, 1984, 8.

³⁶ Para comparar con la larga agonía del imperio otomano, ver Mayer, 1981, 1984.